

FACUNDO

DE ZUVIRÍA

ESTAMPAS PORTEÑAS



los seis años, en 1960, Facundo de Zuviría recibe como regalo de cumpleaños una cámara fotográfica rudimentaria de la marca Eho, una simple caja negra con un minúsculo objetivo de $1 \times 1,5$ cm, a través del cual comienza a «mirar el mundo y hacerlo caber en un rectángulo», según el propio artista. Es su primer contacto con la fotografía. En adelante, no cesará de recorrer su ciudad natal, Buenos Aires, cuyas fachadas y escaparates aprehende sin tregua.

En los años que siguen a la caída de la dictadura, en octubre de 1983, Facundo de Zuviría participa en la constitución de los archivos fotográficos de la ciudad a cargo de la municipalidad. Vagabundea, deambula por una Buenos Aires sembrada de indicios y signos, en un estado de disponibilidad extrema, con los sentidos al acecho. Sus paseos y las fotografías resultantes dibujan por encima de la ciudad un segundo mapa onírico: lo que todavía existe, pero ya habla al pasado. Y la historia de Buenos Aires, o su melodía, brilla con «un resplandor fugaz, casi póstumo, que envuelve a la ciudad un segundo antes de que desaparezca para siempre», para retomar las palabras de Alan Pauls en su *Factor Borges*.

La exuberancia de señalización fotografiada por Zuviría durante años —anuncios pintados, maniqués de cera— pertenece a una época superada o en vías de caducar, al igual que las fachadas simétricas de 8,66 metros de ancho de los pequeños negocios de barrio que conforman el meollo de su *Siesta argentina*, carente de presencia humana, que terminó en 2003 tal una metáfora púdica del corralito (el aislamiento en el que la crisis económica hundió al país). «Siempre fotografié las fachadas de frente —precisa el artista—, buscando en esas líneas simples y austeras rasgos definitorios de su esencia, una suerte de *argentinidad* manifiesta en los frentes urbanos», señala en el prólogo de su libro *Frontalismo*.

La metáfora última de la obra de Zuviría tal vez se revela en una foto de 1987: una oficina vacía, de noche, máquinas de escribir colocadas contra una ventana que domina un paisaje de edificios macilentos: imagen inaugural de la eterna «ciudad ausente».

Alexis Fabry
Comisario

FRONTALISMO

«Rothko habla en uno de sus textos sobre el concepto de *frontalidad* en la representación pictórica, y dice que las formas planas “revelan la verdad y destruyen la ilusión”. [...] fotografiar diversos frentes urbanos desde un punto de vista perpendicular, a media altura, centrado en la inclusión de ciertos detalles que tienen más de pista que de información documental, me pareció un modo *objetivo* de representarlos. En el plano fotográfico todos los elementos adquieren cierto grado de equivalencia y nos enfrentan, a su vez, con la geometría de la imagen y su textura.

Siempre fotografié las fachadas de frente, buscando en esas líneas simples y austeras los rasgos definatorios de su esencia, una suerte de *argentinidad manifiesta* en los frentes urbanos. Con esta idea [de “Frontalismo”] me propuse confeccionar una especie de catálogo personal de fachadas urbanas, viviendas de clase media en los barrios, tiendas modestas y algunas otras cuyo significado parece difícil de precisar».

Facundo de Zuviría

SIESTA ARGENTINA

El año 2001 es decisivo para Argentina y, en particular, para Facundo de Zuviría: el país atraviesa una crisis económica sin precedente, el Estado está en bancarrota, se bloquean los retiros bancarios, es el episodio que los argentinos llaman el «corralito».

La técnica de toma frontal, las cortinas bajadas de las tiendas tradicionales, construidas según el modelo de una puerta enmarcada por dos escaparates, que Zuviría fotografía durante el bochorno del mediodía, simbolizan la tragedia con delicadeza y tristeza. La serie se titula «Siesta argentina» porque, nos revela Zuviría, «pensaba que no era el fin, que era apenas un momento difícil que nos tocaba vivir, no algo definitivo, y que lo íbamos a superar, que iba a quedar atrás: apenas una siesta».



Gaicho pop, afiche en Monserrat, 1985

Copia de plata en gelatina. Copia de época

Colección Charlotte y Marc Perelman

Facundo de Zuviría rinde aquí homenaje a su autor de cabecera, Jorge Luis Borges, al gaucho y al cuchillero que protagonizan tantos de sus cuentos y poemas. El primero es una figura mítica del valor pampeano, criollo, austero y noble, el «jinete, el hombre que ve la tierra desde el caballo y que lo gobierna», en palabras del escritor argentino. El segundo es un matón de los barrios bajos de la Buenos Aires de principios del siglo xx. Las dos figuras están aquí al nivel de la calle.



Grill Oriente, Avenida de Mayo, 1982

Copia de plata en gelatina. Copia de época

Colección del artista, cortesía de Toluca Fine Art

Facundo de Zuviría comparte con Walker Evans, a quien descubre a principios de los años ochenta y admira desde entonces, el gusto por la cultura popular y las zonas urbanas, por los carteles publicitarios, por las letras doradas escritas a mano sobre los cristales, así como por la serialidad. Al igual que Evans, reúne y colecciona con frenesí objetos de la vida cotidiana destinados a desaparecer: los santorales, las postales iluminadas, las fotonovelas, los lápices casi terminados, las tapas de las gaseosas, los corchos de los vinos, los envoltorios de las cajetillas de tabaco.



Mercadito Gerardo, Buenos Aires, ca. 1985

Copia de plata en gelatina. Copia de época

Colección Leticia y Stanislas Poniatowski

Facundo de Zuviría aprovecha sus expediciones en las librerías de la capital en busca de las primeras ediciones de sus autores favoritos: Jorge Luis Borges, César Aira, Ricardo Piglia, Juan Rulfo, entre muchos otros, para fotografiar los escaparates de las pequeñas tiendas del centro de Buenos Aires y registrar la austeridad de su rígida disposición tripartita: una puerta central con ventanas a cada lado. Se desplaza con suma naturalidad, por instinto, de semejante depuración frontal a la exuberancia de la señalización urbana y oscila entre estos dos polos conforme a su inspiración del momento.



El ciudadano, Alem y Viamonte, 1988

Copia de plata en gelatina. Copia de época

Colección Leticia y Stanislas Poniatowski

Esta imagen es rara, de una complejidad poco acostumbrada en Facundo Zuviría, por la serie de diagonales, de planos inclinados que se cruzan, de reflejos en espejo... Aquí, la huella de Rodchenko es flagrante; fue la primera inspiración de Zuviría porque su virtuosidad lo deslumbraba, su invención y el gusto por la experimentación liberaron su práctica. La fe del gran maestro ruso en la fotografía, adornada de las «virtudes necesarias para ser el arte de su tiempo», como él mismo manifestó, probablemente influyó en la decisión del joven bonaerense para abandonar la abogacía y dedicarse en cuerpo y alma a la fotografía, costara lo que costara.



Bar en Defensa y Cochabamba, ca. 1985

Copia de plata en gelatina. Copia de época

Colección Leticia y Stanislas Poniatowski

El café bar ocupa un lugar notable en la literatura argentina. En Buenos Aires, y particularmente en los años veinte, era el escenario de numerosos y regulares encuentros literarios. El autor vanguardista Macedonio Fernández convocaba a sus amigos en el bar La Perla todos los sábados, entre ellos al joven Jorge Luis Borges, quien resultó marcado por la luminosa conversación del escritor. El café bar es también un lugar emblemático para Facundo de Zuviría, pues en él se cristalizan sus recuerdos de lectura: el bar La Helvética de Ernesto Sábato, el bar London City de Julio Cortázar, así como la memoria de las tertulias literarias de su abuela Marta Molina Gowland, a las que acudían los principales autores de la primera mitad del siglo xx. El café bar se sitúa en el cruce de lo público y lo íntimo, está a pie de calle y, sin embargo, se encuentra protegido de ella, cobijado por el resplandor sutil y familiar de las cálidas maderas interiores.